

después la alternativa de sacrificar ó de morir á fuerza de los mas crueles suplicios. El celoso oficial respondió que nunca dejaba de pedir por la felicidad de su bienhechor y el bien de todo el imperio, pero que dirigia sus plegarias al Dios Omnipotente y no á los sordos idolos. Al oír esta contestacion mandó el emperador á los arqueros de Mauritania, dignos ejecutores de esta clase de órdenes, que aseteasen al santo militar, lo que ejecutaron al punto dejándolo por muerto; pero una viuda cristiana, que habia llegado para sepultarle, viendo que aun respiraba lo llevó á su casa, y le cuidó con tanto esmero que logró su perfecta curacion. Entonces los amigos del Santo trataron de persuadirle á que se ocultase; pero él se sintió extraordinariamente inspirado para intentar por segunda vez aplacar el inconsiderado furor de Diocleciano contra los fieles. Las circunstancias eran en verdad las mas á propósito para esperar el mejor éxito de ellas: el mártir, á quien todos creían muerto, se presentó en un parage por donde habia de pasar Diocleciano, y así que le vió, le suplicó fuese mas justo con unas gentes tan caritativas aun con los mismos que tenian por diversion el atormentarlos. A vista de un hombre vuelto, por decirlo así, del otro mundo, quedó inmóvil el emperador por algun tiempo; mas recobrando poco después sus sentimientos antiguos de fiereza, hizo matarle á palos.

Sin embargo que los pintores nos presentan por lo comun á San Sebastian como jóven, hay mas razon para creer, segun los antiguos monumentos, que murió en edad adelantada. Desde el siglo VII, en que por su intercesion se libró Roma de una epidemia espantosa, se acude con confianza al patrocinio de este ilustre mártir en los casos que ocurren de enfermedades contagiosas.

No fué menos glorioso el martirio de la virgen Santa Inés, y aún le hace mas honroso su temprana edad que la delicadeza de su sexo, pues apenas rayaba en los trece años, y antes de poder tener fortaleza para sostener el combate, como dice San Ambrosio, admirando su valor con todos los antiguos doctores, ya tenia la madurez necesaria para el triunfo. A todos los favores de la fortuna y del nacimiento de que Dios la habia colmado, agregaba una hermosura que era la admiracion de Roma; solo ella se mostraba indiferente á una prenda tan envidiada; todas sus miras las ponía en agradar al divino Esposo, á quien habia consagrado su virginidad aun antes de conocer su precio. Por esto no admitió los obsequios del hijo del prefecto de Roma que la pedia por esposa, y cuya pasion se trocó después en una venganza mortal; pero los suplicios hicieron tan poca impresion en esta angelical doncella como los artificios de la seduccion. Entonces se la hizo padecer la pena mas cruel que pudiera sufrir su modestia, poniéndola desnuda en un lugar público; pero al momento la cubrieron todo su cuerpo sus propios cabellos, y por otro milagro todavia mas extraordinario desde su corazon se comunicó la pureza al de sus espectadores, pues todos en general se sintieron en su interior ruborizados y penetrados de una saludable confusion; de modo que la santa virgen no tuvo ya otra cosa que temer que la pérdida de su vida. Pero aun el riesgo tan grande en que la veía, causaba menos impresion en su espíritu que en el de los espectadores, pues todos, hasta su mismo verdugo, estaban anegados en lágrimas, mientras la jóven heroína, lejos de dar la menor muestra de dolor, esperaba con ansia el golpe de la muerte, que al cabo recibió alegre y reconocida al Señor. Santa Lucía, tambien virgen y mártir, logró igualmente en esta misma persecucion la corona del

martirio en Siracusa de Sicilia, desde donde la fama de su singular fortaleza se extendió por toda la Iglesia.

Necesitaríamos muchos volúmenes si aspirásemos á recoger siquiera los hechos heroicos de los mártires de aquella época. El diácono San Vicente padeció él solo en Zaragoza, su patria, lo que era suficiente para apurar las fuerzas y el valor de muchos, y fué menester una série de milagros para que pudiese sobrevivir á los innumerables tormentos mortales con que le afligieron antes de recibir el golpe de muerte. Después de estenderlo en un potro con tal crueldad que se le dislocaron y casi se le arrancaron todos sus miembros, le despedazaron las carnes con peines de hierro, hasta descubrirle los huesos y las entrañas. Pero su inalterable paciencia y la serenidad de su rostro hicieron subir de punto el furor del juez. Daciano, que así se llamaba este, echó la culpa á los verdugos; mandó azotarlos para que ejerciesen su oficio con mayor violencia y crueldad. Hicieronlo en efecto á medida de los deseos del tirano, castigando al Santo con nuevos bríos hasta que de cansancio se les cayeron los brazos, pero volviendo luego á comenzar con mayor esfuerzo, aunque no con mas fruto; de modo que Daciano tuvo por fin que darse por vencido. Mas á pesar de esto, luego que recobraron aliento los verdugos, volvieron otra vez á la carga, echaron al santo mártir sobre una cama de hierro llena de agudas puntas y hecha ascua; quemáronle tambien el lado del cuerpo que no tocaba á aquella cama dolorosa, aplicándole planchas ardientes al pecho y á los muslos; y tirando entretanto puñados de sal en el fuego, para que saltando penetrase por las heridas hasta lo más íntimo de la carne.

Desde allí hizo llevar Daciano al santo mártir á un oscuro calabozo empedrado de cascotes puntiagudos, por encima de los cua-

les le arrastraron cruelmente para renovar el dolor de todas sus heridas á un mismo tiempo. Pero de repente iluminó la mazmorra un celestial resplandor, se oyó una música de ángeles, y no pudiendo los guardas resistir á tantas maravillas se convirtieron todos. Viendo el tirano que sus esfuerzos eran en vano, é ignorando qué resolucion tomar, como si envidiase al mártir la gloria de morir en los tormentos, mandó le recostasen en una voluptuosa cama cubierta de flores. Entonces el generoso atleta, á quien no habian atemorizado los garfios de hierro y los braseros encendidos, pidió al Señor la corona que le tenia prometida, y exhaló su espíritu apaciblemente.

Esta sola ejecucion no satisfizo al tirano que abrigaba en su pecho tanta crueldad, y proporcionó la palma del martirio á una porcion innumerable de fieles de todas clases, edades y sexos, entre los que se hace particular mención de diez y ocho, tambien de Zaragoza, cuyas reliquias se depositaron en un mismo sepulcro. Casi todas las provincias de España veían correr la sangre de algunos de sus moradores en defensa de la fé, manifestando esta generosa nacion por tan sublime causa la fidelidad y acendrada constancia que la caracterizan (a).

(a) La fecha del tristemente célebre decreto del perseguidor Diocleciano es la del 23 de febrero del año 303, día que el autor del precioso libro *De mortibus persecutorum*, atribuido á Lactancio, creyó no poderlo calificar mejor que aplicándole aquel verso de Virgilio (IV. *Aeneid.* 469): *Ille dies primus leti, primusque malorum etc.*, y desde el cual, dice él mismo autor, era vejada toda la tierra desde el Oriente hasta el Ocaso, por tres crueles bestias (Diocleciano, Maximiano y Galerio); y añade que «no podría referir ni explicar todos los exquisitos modos de tormentos, ni los nombres de los martirios, aunque tuviera cien lenguas, cien bocas, y una voz de hierro.» Es verdad que dos autores protestantes se empeñaron en sostener que la persecucion décima, escitada por Diocleciano y Maximiano, no llegó á tocar las provincias españolas, para lo cual supusieron que por estos tiempos no gobernaba Daciano la España, sino Constancio, padre del grande Constantino. Mas esto no es exacto, porque Constancio manda

Los cristianos de Africa, de Iliria, de Panonia, de las provincias germánicas, y de los pueblos mas bárbaros, mostraron tambien á porfia su fervoroso celo por la verdadera Religion. Santa Afra, en Augusta

ha solamente en las Galias, sujetas entonces á Maximiano Hercúleo, como se ve en Victo y en el citado autor del libro de *mortibus persecutorum*. Es pues indudable que en aquella persecucion Daciano inundó de sangre la España, y aunque no hubiera otros testimonios, bastarian, para demostrarlo, los monumentos de la siempre fiel Zaragoza. Ella cuenta las victorias de sus innumerables mártires, los triunfos de los diez y ocho compañeros, cuyos nombres refiere el poeta Prudencio, la constancia y fortaleza de Santa Engracia, vencedora de los tormentos y de la muerte, y el glorioso martirio de San Lamberto. Pero entre todos se distinguen San Vicente, diácono, y San Valero, obispo de aquella ciudad, siéndonos sensible que los estrechos limites de una nota no nos permitan estendernos tanto como quisiéramos en engrandecer y celebrar á esta multitud de invictos mártires. Por lo que hace á San Vicente, á quien Paulino llama ornamento y honra de España, y á quien San Agustín encomió en diferentes panegíricos que de él hizo, y Prudencio ensalzó con sus versos; se ha disputado tambien acerca del pueblo de su naturaleza, sosteniendo unos que era de Huesca, otros de Valencia, y finalmente otros de Zaragoza, contándose entre estos últimos el continuador del P. Florez, comentando á Prudencio. Pero el Breviario español y la opinion mas comun dice que Huesca fué la patria de nuestro Santo. Berault parece fijar el lugar del martirio de San Vicente en la ciudad de Zaragoza; pero si bien es cierto que allí fué apresado el santo diácono con su obispo, tambien lo es que ambos fueron conducidos á Valencia, siguiendo á pie y maniatados, á guisa de malhechores, al tirano que pasaba de la capital de Aragon á la del Reino de Valencia; y en esta última ciudad fué donde padeció San Vicente todos los tormentos y la muerte en los lugares que aun hoy dia se conservan en veneracion. Despues de muerto fué arrojado su cadáver fuera de la ciudad en el mismo parage en que se ve ahora edificada una capilla en su honor fuera de la puerta de su nombre; allí por divina disposicion un cuervo le defendió de las fieras, lo que sabido por Daciano, mandó que puesto en un esquife lo echasen en alta mar. Pero Dios que promovia la gloria de su Santo hizo que las aguas le sacasen á la orilla, y entonces los cristianos le dieron honrosa sepultura colocándole en una pequeña capilla, hasta que mas adelante y cesado que hubo la persecucion y aumentándose la devocion de los fieles á este Santo, por cuya intercesion obraba el Señor tantas maravillas, le trasladaron con gran solemnidad á una iglesia estramuros de la poblacion.

San Valero, ó Valerio, no fué tan maltratado como su diácono, aunque á pesar de su edad decrepita le hicieron viajar á pié, y le tuvieron aprisionado. Comparado ante Daciano, confesó con la mayor firmeza que no adoraba mas que al verdadero Dios y que á este debía obedecerse. Pero viendo el tirano la ancianidad del obispo y la tartamudez que padecia, se contentó con desterrarle, prohibiéndole regresar á Zaragoza y

de Recia, hoy Ausburgo, dió al mundo un ejemplo tan ilustre como imprevisto: esta muger, entregada hasta entonces á todos los placeres del cuerpo, entró súbitamente dentro de sí misma, y logró la palma del martirio, despues de haber sufrido las pruebas mas terribles y seductoras.

Hasta entre las gentes del teatro se dignó el Señor escoger algunos panegiristas de su glorioso nombre. En Roma, á cuya capital se habia restituido Dicoleciano para disfrutar los honores de su triunfo, despues que consiguió algunas ventajas sobre los persas, se celebraban regocijos y funciones públicas. Creyó el comediante Ginés que no habia modo mejor de divertir á aquel impío pueblo, que remedando las ceremonias del bautismo de los cristianos. Dejóse pues ver echado en la escena, como si estuviese enfermo de gravedad, y pidió que le bautizasen para morir tranquilo. Entonces comparecieron otros dos histriones vestidos uno de sacerdote y otro de exorcista, y acercándose al fingido enfermo, le dijeron: «¿Para qué nos has llamado, hijo mio?»

morar en poblaciones crecidas. Segun el Breviario y Ruinart fué á residir á un lugarillo llamado Enet (*Annetum* en latin) cerca de Graus y Roda, donde luego que supo el martirio de su diácono San Vicente, le edificó un templo. Allí murió hácia el año 315 (aunque no falta quien afirme fué en Zaragoza, de donde ademas parece fué natural), y los cristianos enterraron su cuerpo en el castillo de Estrada allí inmediato, donde permaneció hasta que derribado el castillo en tiempo de los moros y olvidado el lugar donde moraban tan preciosos restos, fué revelado divinamente por los años 1050 al obispo de Roda, Rodolfo, quien le sacó de entre las ruinas del castillo y le trasladó á Roda, colocándole en la iglesia de S. Vicente. Del santo obispo Valero, cuya firma se halla entre las de los obispos que asistieron al concilio de Elvira, hablan todos los martirologios, los Bolandos á 28 de enero y muy estensamente don Martin Carrillo en su *Vida*. Puede verse el continuador de la *España Sagrada* (t. 30, tr. 66, c. VII, p. 101 y sig.), el cual hablando de la época y orden en que fueron martirizados estos Santos se espresa asi: «Yo tengo por mas verdadero que Daciano, primeramente arrestó á San Valerio y su diácono: despues quitó la vida á los diez y ocho y atormentó á la Virgen Engracia, y últimamente á la innumerable multitud solo á Dios conocida.» (N. del E.)

Ginés sintió en aquel mismo momento mudado su interior, y respondió muy sereno: «Porque quiero recibir la gracia de Jesucristo, y lograr el perdon de mis pecados por medio de la santa regeneracion.» Creian todos que seguia haciendo su papel; practicáronse las ceremonias del Sacramento, y luego que le pusieron los vestidos blancos, un piquete de tropa le prendió, continuando la farsa, y le presentó al emperador para que le interrogase como á los mártires. Ginés, sirviéndose entonces de la facilidad natural que tenia en producirse, con un gesto y un tono de inspiracion, pronunció el siguiente discurso desde el mismo parage en que estaba:

«Emperador y cortesanos, senadores, plebeyos, irdenes y clases todas de la escelsa Roma, oidme todos: antes de ahora, cuando oía yo proferir el nombre de Cristo, me horrorizaba y ultrajaba cuanto podia á todos los que profesaban esta Religion; aborrecia á muchos aun de mis parientes y amigos por ser cristianos, y detestaba su Religion hasta el extremo de procurar saber esactamente sus misterios, como todos acabais de ver, solo con el objeto de poder satirizarlos mejor en la escena. Pero en el momento en que el agua del bautismo tocó mis carnes, mi corazon se mudó súbitamente, y á la pregunta que se me acaba de hacer, he contestado con la mayor sinceridad que creia en Jesucristo. Vi al mismo tiempo una mano que se alargaba desde lo alto de los cielos, y muchos ángeles brillantes como el sol, que despues de leer en un terrible libro todos los pecados que yo habia cometido desde mi infancia, los borraron inmediatamente, y me enseñaron despues el libro mas blanco que la nieve. Ahora pues, magnánimo emperador, y vosotros espectadores de todas clases, pues que nuestros juegos sacrilegos os han escitado á hacer burla de estos misterios divinos, creed

como yo (que soy el promotor de vuestra risa y por lo mismo me reconozco mas delincuente que vosotros) que Jesucristo es el Señor digno de nuestras adoraciones y de nuestros holocaustos; y procurad como yo alcanzar su misericordia.»

Enfurecido á la par que sorprendido el emperador Dicoleciano, mandó por entonces apalearse cruelmente á Ginés, y despues lo entregó al prefecto Plauciano para que le obligase á sacrificar á los ídolos. Valióse el prefecto de cuantos medios violentos le dictó su malicia; pero el santo confesor respondia siempre estas palabras: «No hay Señor comparable al que poco há se me ha aparecido; yo le adoro y le venero con toda mi alma; y aunque tuviera mil vidas que perder, nada en el mundo bastaria á separarme ya de su servicio, ni habrá tormentos que me quiten á Jesucristo de la boca y del corazon: mi único pesar es haber estado tanto tiempo separado de su gracia, y haber comenzado tan tarde á servirle.» Asi se valia de todas las circunstancias para reparar el escándalo que habia dado con sus blasfemias y comunicar su arrepentimiento á todos los que le oian. Notóse efectivamente que no era infructuosa su elocuencia, y por lo tanto se apresuraron á degollarle. Tiene mucha semejanza esta historia con la de San Gelasio, que fué apedreado en Heliópolis de Fenicia.

Mas por otra parte, en Africa y en Numidia olvidaron sus deberes, poniendo en manos de los príncipes idólatras los vasos sagrados y las santas Escrituras (que mandaban buscar por do quiera para entregarlas á las llamas), algunos cristianos que tenian un motivo particular de fervor y de constancia, varios empleados en el santo ministerio, y aun algunos pocos obispos. Este es el crimen de los indolentes ministros llamados *tráditores*, á los que castigó la Iglesia con muy rigurosas penitencias.

De una manera mas digna del sucesor casi inmediato de San Cipriano se condujo Mensurio, obispo de Cartago: trasladó u ocultó con el mayor cuidado los sagrados libros, y con su astucia y el celo por su Religion, dejó en la Basilica nueva, que era una de las iglesias principales de la ciudad, todos cuantos escritos de los hereges pudo reunir. Asi que, luego que de ellos se apoderaron los ministros de la persecucion, nada mas le exigieron; bien es verdad que con el tiempo llegó á noticia del próconsul esta sustraccion, mas á pesar de esto no quiso por entonces se hiciesen mas pesquisas. Empero habiendo sido acusado despues un diácono de Cartago de haber escrito contra el emperador, y refugiándose en casa del obispo, se mandó á este que lo entregase, amenazándole, si á ello se negaba, con que sería remitido él mismo á Roma á responder de su conducta; como asi sucedió, por haberse negado á entregar al diácono. Ocupaba mas á Mensurio el cuidado de su Iglesia que el suyo propio, y asi encargó cuanto habia de valor en ella á algunas personas abonadas y seguras, con orden de entregar aquel depósito á su sucesor en el obispado si él no volviese; y despues emprendió tranquilamente su viaje para la capital del imperio. Mas este prelado, tan sábio como celoso Pastor, defendió tan elocuentemente su causa en el tribunal superior, que fué restituido á su Silla absuelto de toda sospecha, y murió antes de llegar á Cartago.

Fué muy ruidoso en la Iglesia el crimen de los traidores, y asi que se tranquilizaron un poco las cosas en Africa, tomaron disposiciones los obispos para contener y castigar la prevaricacion. Los de Numidia se reunieron en número de once á doce en la ciudad de Cirta, capital de aquella provincia; y entre estos pocos hubo algunos encenagados en algunos vicios muy

extraños en aquellos primeros tiempos. Purpurio de Limata fué acusado de haber dado la muerte á dos hijos de su propia hermana; él no se defendió, pero denunció como traidor al mismo presidente del Concilio, Segundo de Tigisista; y estas mútuas acusaciones fueron causa de que no se hiciese rigurosa justicia, porque era de temer otro mal peor; y asi se concedió el perdon á todos los que habian entregado á los infieles las Escrituras, porque eran en bastante número.

Por el mismo tiempo los obispos españoles, en número de diez y nueve, celebraron un Concilio en Elvira, ciudad ahora ruinada, pero que parece estuvo situada cerca de Granada, á donde despues se trasladó la Silla episcopal. Los rigurosos Cánones que en este Concilio se dictaron contra los fieles acusados de idolatría, pudieran hacerle sospechoso de Novatismo, si no le viésemos citado con encomios en el de Sárdica y en otros Concilios posteriores. Y en verdad, ¿cómo se podría sospechar del célebre obispo Osio, que ya habia hecho una confesion tan brillante de la fé, de San Valero de Zaragoza, aquel ilustre confesor comparable solo á su diácono San Vicente, con el que fué aprisionado, y de una multitud de otros padres de Elvira, todos de conducta ejemplar? Prohibióse en este Concilio dar, ni aun en el artículo de la muerte, la Comunión, á saber, la Eucaristía, que era la señal de una reconciliacion completa y perfecta, á los fieles que hubiesen idolatrado ó cometido ciertos pecados enormes que daban motivo para mirar como idólatras á los delinquentes, particularmente si lo eran por hábito; pero se trataba con alguna mas indulgencia á los catecúmenos, á los que el Concilio llama cristianos, siendo asi que no llama fieles sino solo á los que habian recibido el bautismo. Túvose este remedio por necesario, pues sin duda habria empezado á

relajarse notablemente la disciplina en España.

Por el contrario, los concilios de Cartago creyeron conveniente usar de mas benignidad, segun ya hemos dicho, y Roma aprobó sus resoluciones. El concilio ecuménico de Nicea, que desvanece estas aparentes contradicciones, ordenó como estos que se concediese la paz á los moribundos siempre que por medio de un exámen particular constasen al obispo sus buenas cualidades, y bajo condicion, si recobraban la salud, de no comunicar con los fieles sino en la oracion. Y para valernos de las espresiones mismas de aquella venerable asamblea, manda terminantemente (1), que á cualquiera persona, sin escepcion, que en riesgo próximo de muerte solicite participar de la Eucaristía, se la conceda el obispo despues de las debidas pruebas. No se contenta con que den al enfermo el viático necesario, ó la absolucion sacramental, como lo esplica el primer concilio de Orange; quiere tambien que no se les prive de la Comunión, á saber, de la comunicacion de todos los bienes espirituales, de los que el mas precioso es la Eucaristía; y aun solo para este fin es para lo que se requiere el exámen del obispo, pues efectivamente fuera muy duro exigirlo de antemano para la absolucion en peligro de muerte, en el cual muchas veces es imposible. De aqui se infiere que cuando en la antigüedad, y aun en el concilio del Elvira, se negaba la paz á los moribundos, no se les privaba por eso de la absolucion sacramental; y el concilio Niceno nos lo demuestran bien claramente, cuando al mandar que no se prive á los moribundos del Viático necesario ó de la absolucion sacramental, dice con palabras terminantes que esta es la ley antigua y canónica (2). Y efectivamente,

¿quién se persuadirá que la Iglesia, esta tan tierna madre de los fieles, haya podido jamás abandonar de ese modo á muchos de sus hijos, y en especial en aquellos tiempos de afliccion? ¿Podrá creerse que han penetrado bien todo su espíritu esos rigoristas, que cuando hablan de la denegacion de la paz ó de la penitencia, dicen con la mayor frialdad, y tan repetidas veces, que la Iglesia en estos casos abandonaba los pecadores á la misericordia de Dios?

El Concilio iliberitano, el mas antiguo de que conservamos cánones de disciplina, es acreedor á nuestra particularísima atencion en lo que dispone acerca del celibato y pureza del clero. En el canon XXXIII manda á los obispos, á los presbíteros, diáconos y subdiáconos, vivan separados de sus mugeres; ley general y que seguramente no era nueva atendida la importancia de la materia. Y en efecto, ¿cómo hubiera podido tener tanta autoridad un corto número de obispos españoles, si la costumbre fuese contraria? Era por tanto su mandato una confirmacion de la ley comun que se observaba desde tiempo inmemorial por los ministros de los altares, mas bien en fuerza de una tradicion apostólica, que por alguna ley terminante. Y aún el deseo eficaz de que se conservase una virtud tan delicada como la castidad, impulsó á los Padres del concilio de Elvira á prohibir á todo eclesiástico tener en su compañía persona alguna del otro sexo, á escepcion de su hija ó hermana, y esto siendo vírgen ó consagrada á Dios, para evitar toda sospecha.

El mismo concilio veda igualmente ordenar en una provincia á los sugetos bautizados en otra, y dejar dinero en las fuentes bautismales al tiempo de recibir el bautismo, para evitar que el santo ministerio presente el menor vislumbre de interés. Prescribe tambien que el cristiano residente en una ciudad, que por tres domingos

(1) Concil. Nicen. can. 13.

(2) *Ib.*